

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANAL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 40 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 2.

Domingo 8 de Marzo de 1868.

UN REAL.

SECCION 1.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I.

De como salió otra vez al mundo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Eran las siete de la mañana del día doce de Mayo del año mil ochocientos sesenta y cuatro cuando me encontraba yó, el Bachiller Avellanado, en medio de la pendiente de una colina, vestida de escasos y raquíticos árboles salvages, y de vários matorrales que nacian como fósiles en un terreno negro, lleno de peñascos y sembrado de cantos rodados. La niebla densa que reinaba mostraba sus infinitos átomos de hielo, que, impelidos por el viento desatado, pasaban en remolinos por delante del sol, fingiendo una batalla de mónstruos y fantasmas colosales. Las járas destilaban panales de escarcha, y el inmediato valle parecía profunda sima á la que iban á precipitarse las montañas.

Aleve es aquel terreno. Cada grieta, de las muchas que presenta, es la garganta de un ántro: si arrojáis por cualquiera de éllas una piedra, la oiréis ir cayendo de escalon en escalon hasta el abismo. El sonido se pierde en la distancia, y ántes faltan oídos que á la piedra espacio que caminar. Cada fáuca de ésas tiene una história triste que aprenden pavorosos y cuentan asustados los habitantes del país. La elocuencia de Dios habla en todos los estilos; es bella y candorosa en la primavera, terrible en la tormenta, profunda en la agonía del niño, plácida en la dorada tarde del otoño, ceñuda y

sublime en la Cueva de Atapuerca, cerca de Burgos, que es un lugar de Castilla de cuyo nombre he querido acordarme.

La montaña de que háblo presenta en la mitad de su vertiente un camino encubierto, paralelo á la longitud de la colina, que comienza pronto á descender por un callejon formado por dos muros naturales de roca viva, adornados de musgos, bordados de raíces, embellecidos por alelies silvestres. La yédra que nace entre las grietas, que las ábre y prolonga con su cuña incesante y poderosa, y hace saltar las piedras aceradas, sostiene despues de su victoria con su frondosidad y con sus uñas los pedazos de roca que ha separado, los engalana con hojas fréscas, y entre éllas anidan áves nocturnas, culebras y lagartos, que al salir el sol retuercen y abrillantan su escamosa coraza de mosaico.

Al fin de este foso natural es preciso torcer á mano derecha, y se presenta inopinada una grande gruta, en la que ardian á la sazón troncos enormes de encina, y chisporroteaba un gran monton de hojas de róble. La bóveda, llena de profundas heridas, vierte su sangre roja y negra en pausadas gotas, que al poder de los siglos han labrado redondos hoyos en el suelo. Por el costado derecho no hay paso; por el izquierdo se deja ver á flor de tierra un ojo monstruoso con su ceja de colosales proporciones: la pupila de ese ojo es la imponente entrada á la caverna.

En aquel pórtico salvage del subterráneo palacio, cuyo cielo son las entrañas de la tierra y el pavimento un abismo, el humo de la hoguera, chocando con el rudo y combado techo, se revolvía en huecos y livianos rollos pardos, luchando por huir de aquella cárcel. En aquella antesala del averno yá no hay séres vivientes y



se despide toda vegetación. Los perros que llegan forzados á aquel sitio, levantan la cabeza, olfatéan hinchando y dilatando la nariz y huyen despavoridos.

Penetré por aquella tenebrosa pupila sin rumbo ni guía, y se presentó una bajada tortuosa, rápida y larguísima, toda llena de rocas y cubierta de un lodo y moho casi negro. El cielo de la cueva mostraba, entre sus confusas sinuosidades, las señales, aún blancas, de los enormes trozos suyos, que por su enorme peso se habían desplomado sobre el suelo, llenando de montañas aquel valle siniestro y desconocido.

El fin de la pendiente es un salón altísimo, casi redondo, de ciclópeas formas y proporciones.

Los orientales han debido encontrar su arquitectura en estos senos hondos de la tierra. Las estalactitas cuelgan de lo alto adornando la sólida techumbre, deshaciendo elegantes la triste general monotonía. Las hay blancas como los esqueletos de la Siberia, amarillas como cadáveres, verdes como cardenillo, negras como hierro. No oséis romper alguna de ellas para verla á la luz de nuestro mundo, porque pierden aquí toda su belleza, gracia y encanto. Es preciso dejarlas en su sitio.

De cada estalactita pende una gota de agua en la que se descomponía la luz de mi vacilante hacha de viento. Cada una de esas gotas, que ha tardado muchos días en formarse, ha dejado á lo largo de la estalactita casi todas las sales que llevaba consigo, y al caer sobre el suelo produce un sonido en aquella helada quietud como el que deben producir las pisadas de la muerte. Las últimas materias extrañas de las gotas que se filtran por el techo forman en el pavimento medianas pirámides, que parecen figuras humanas doloridas. Esta es una muger con los ojos bajos, el cabello despeinado atrás y adelante y los brazos cruzados sobre el pecho; otras son plañideras, cuyas cabezas miran al cielo, como intentando exhalar áyes tristesísimos. Son innumerables seres de roca, pero dotados de muda é incomparable elocuencia: una generación, toda de piedra, que ha construido el tiempo en las entrañas mismas de la tierra. Allí no háy nada del mundo; ni aún el eco. No alcanzan á aquellas lóbregas mansiones las raíces mas hondas de la encina. Los últimos peñascos de la tierra son la sorda techumbre de la inerte región, vasta y helada.

Abandoné varias galerías, que se me presentaban todas á un tiempo así como gargantas del Cerbero, y escogí la que me pareció la más profunda. El ruido de mis pasos parecía el de alguna fantasma que me iba siguiendo para vedarme el ir atrás, si yo lo intentára. Caminé difícilmente larguísimo trecho, y á cada paso ad-

vertí que se aumentaban la hermosura, el encanto y la belleza.

Hay en las paredes diferentes estancias con adornos, que soportan paisajes filigranados, estatuas, flores, vasos, úrnas, flecos cual los de la enredadera de los bosques: fuentes clarísimas, que en conchas festonadas recogen las linfas abundosas que vierten serpientes enroscadas; móles célticas, naves adornadas de ojivales ventanas con caireles de delicada y rica crestería: portadas y recintos, dó reposan en sueños misteriosos mas misteriosos seres sobre las gradas frías en sus helados brazos acostados.

Tal vez se suele hallar un esqueleto; es él de un desventurado que no supo encontrarse la salida: tal vez se halla un recinto de esqueletos humanos todo lleno: tal vez una corriente subterránea de una profundidad desconocida os véda vuestra ruta: tal vez sentís que el suelo que os sustenta es falaz y engañoso, é intenta sumergiros; y os atrae y os obliga con horrible poder incontrastable. Mas tarde se hace imposible todo paso: la senda continúa, pero descendiendo engañadora y astuta hasta que se convierte en negro pozo.

Tomé asiento al lado de aquel horrible ántro: dejé el hacha en una grieta de las piedras, coloqué mi cabeza entre mis manos y los codos en las rodillas y comencé á reflexionar. Sentía que me decían «¡anda! ¡anda!» Las ideas que se despiertan en aquel sitio son todas diferentes de las de este mundo. Para pensar profundamente es preciso salirse de esta tierra, la cuál mirada desde allí no tiene tamaño.

Volví la vista á un lado, y vi una roca enorme como una esfinge de ademan amenazador: su rostro significaba implacable cólera. Las ondulaciones de la llama azul de mi hacha daban un movimiento retemblante á aquel fúnebre guardián: sus ojos brillaban como lúces. Según los míos se fijaban en los contornos de la sima, iban presentándose multitud de seres monstruosos alrededor, que se atropellaban incessantes por entrar ó salir de aquel cócyto. Me daban á entender el cruel castigo debido á mi osadía. Leía yó allí una inscripción harto más espantosa que la del infierno del Dánte.

Até una cuerda al cuerpo del fantasma y comencé á descender, llevando una linterna sorda atada á la cintura: tomé con entrambas manos aquella cuerda y fui bajando por aquel abismo jamás explorado. No hay poder caminar si se hace caso de fantasmas. Los primeros momentos fueron horribles: me sostenía sólo en mis manos clavadas á los nudos de la cuerda, que temblaba y oscilaba sobre aquel averno. Esta es, sin embargo, nuestra posición en este mundo. Nada sobre mi cabeza; nada bajo de mis pies; la oscuridad envolviéndome por todas

partes; rócas que destilaban agua alrededor. En este instante, por un movimiento, del cual no sé darme la razon, abrí mis manos y me precipité por aquel pozo. Lancé un grito de horror; perdí el sentido; cesaron los latidos de mi pecho.....

Y di en un espléndido palacio, sustentado por columnas de aéreas palmeras de transparente y casi incolora esmeralda, cuyas dóciles ramas vestían la luciente y blanca techumbre sembrada de pequeñísimas chispas de oro puro. Una fuente de selectísimo diamante destilaba sobre sus delicadas, dobles tazas millares de hilos de sonoras y perfumadas aguas, que daban campo y brillo á los colores de alegres, esmaltados pececillos de plata y azabache, de perla y fuego ardiente. Manteníase en lo álto del espacio, sobre sus extensas, delicadas, blancas álas una deidad hermosa con agradable sonrisa, y su dedo de alabastro, unido á sus lábios coralinos, parecia decir, «guardad silencio.» Muchas áves volaban caprichosas por aquellas sus áuras inmortales, y descansaban luego, por peinarse con su pico, sobre relieves ricos de aquellas brillantísimas paredes, pobladas de guirnaldas, perturbando inocentes la quietud de pintadas mariposas, que daban á las brisas sus aterciopelados abanicos de delicado, vivo y lindo esmalte.

Yó caminaba allí á veloz carrera, sin rozar tan siquiera el pavimento, por sér fuero del álma prescindir con querer de esta matéria, que grosera se arrastra por el suelo, y penetrar las célicas mansiones de la inmortalidad, su eterna pátria. El tiempo, como siervo, estaba detenido á los umbrales mismos del alcázar radiante y misterioso; y los rostros de todas las personas que allí habia, conservaban en todas sus facciones la agradable frescura, y la primavera, niña alegría de los primeros años inocentes.

Y ví por las campiñas templos cual los que vió la antigüa Grécia: alcázares de mármol sobre erizadas rocas asentados: monumentos de bronce perfilando los lados de las vías: verdes, frondosos valles y caudalosos ríos, sobre los que bogaban pareadas ordenadas barquillas, sin agitar apenas los cristales de aquellas limpias y benignas aguas. Tropas de cisnes, liras y faisanes, que entre el ramage de escondidos bosques su plumage lucían esplendente; y espumosos torrentes, que entre jáspes, variados de colores, sus caudales vertían, blancos primero, hirviétes, espejo luego del sereno cielo, una vez descendido á la llanura por las riveras de pintadas flores.

Por una y otra parte sobre mil pedestales se veían las imágenes blancas de los héroes. Homero, el padre, él de la trompa épica sor-

prendida una vez sobre las áras del gran recinto del Señor de Délfos: Corinna frente á Píndaro: Sócrates, el sublime desterrado del envidioso mundo por el hombre: Ovidio, el tierno Ovidio, y Virgilio, del arte el grán monarca; cuantos sublimes génios inmortales robó la muerte á la doliente vida, se encontraban allí.

César aún dirige su vista penetrante sobre la antigua Roma: Ciceron en su auréola esplendente muéstra constante el inefable lema de «Padre de la pátria»: Godofre de Bullon separa osado á los antiguos de los modernos siglos, y el inspirado Tasso canta caballerosas aventuras, mientras el gran Colón levanta el manto, que cubre medio mundo, posando altivo pié sobre los mares que contienen sus iras insaciables bajo la fé y poder irresistibles de tan incontrastable y noble planta.

Y estaba allí tambien el grán Quijote de la Mancha comenzando su conversacion con su escudero, que se limpiaba los ojos con la mano. Era la única habla que allí se oía la suya, acaso por ser la única digna de ser oida; y decían el úno y el ótro así.

— Por mi ánima, Señor Don Quijote, y ámo mío, que fué pesado sueño él de esta noche, que no parece sinó que he dormido como tres siglos, segun lo que me cuesta despertar y volver en mí: y aunque lo procuro, no sabré pensar ni decir como llegamos sobre el rúcio y Rocinante á estas tan dilatadas y amenas campiñas, que no las ví semejantes en toda mi vida.

— De ésas me pasan á mi, Sancho amigo, respondió Don Quijote; pues no me hallo más hábil, ni más sábio que tú para explicarme la causa de este profundo y poderoso sueño que hemos pasado: mas, sabré decirte, si lo demás no sé, que me parece que esta pasada siesta me ha renovado y rehecho, segun me encuentro animoso y esforzado para seguir mi profesion excelsa, digna de los brónces y mármoles del Egéo, no menos que de los áltos y eternos de la encumbrada Frigia.

— De Dios nos venga el amparo, dijo Sancho; que así debiera de sér como su merced dice: y ló de corcovado y deshecho vuesa merced lo entenderá, y ló de esos angéos y lexias, que, lléveme el diablo si lo alcanzo: mas lo que entiendo y conozco és que debemos reposar en esta aventura, y en esta tierra, que debe de ser Jáuja, por lo que se muéstra de abundante y generosa por todas sus partes, sin mas entrometernos á desfacedores de entuertos, ni enderezadores de agrávios, ni á matadores de mucilagos, ni á tejedores de hilamientos, que hayan sido, ó que lo puedan sér. Y, á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga; y mas vále un «toma», que dos «te daré»; y duelos con pan

son menos; y no sinó hacéos de miél y comeros han las moscas.

— No más, por Dios vivo, Sancho, dijo Don Quijote, que ván cuatro seguidos, y llevas traza para otros cuatrocientos disparates. Y bien se vé, que génio y figura hasta la sepultura, y, quien malas mañas há tarde las pierde.

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

BERNARDO DEL CÁRPIO.

I.

Hazañas.

Reinando en esta Castilla
El Rey Don Alfonso el Magno,
Que ganó tal sobrenombre
Por sus admirables fástos,
Vivía el buen caballero
Que llaman Bernardo el Cárpio.

Siémpre los grandes monarcas
Consiguen grandes vasallos;
Y aunque algunos buenos críticos
De la história desterraron
Del Cárpio la rica história,
Yo haré ver lo que hace al caso,
Que soy vida de leyendas
De este pueblo castellano.

Bernardo del Cárpio vive,
Y vivirá eternizado
Y en la tradicion más fuerte
Que los tiempos y el amaño,
Y háy dos vidas en el mundo
Que no todos saben harto.

Era el rey álto de cuerpo,
En sus designios mas álto,
De buen rostro y apostura,
Invencible en lo magnánimo,
Segun destaca su talla
Sobre sus contemporáneos.

Señalose en lo guerrero,
Muy poco en lo cortesano,
Que consiste en irse al bulto
El ir bien encaminado,
Dejando las apariencias
Que son quimera y escándalo.

Fué el rey invariablemente
De los mendigos amparo,
Grán vencedor de si mismo,
Sin hallar en ésto obstáculo,
Sabiendo que el hombre bueno
De adentro afuera vá andando,
Y para dár á los ótros
Tener mucho es necesario,
Y dár lo que no se tiene
Es empresa de milagros,

Y él que flaco en si conserva
Cáe siempre por su flaco.

Este monarca hizo el templo
Del Apóstol Santiágo,
Pues le halló de tapiería
Y supo labrarle en mármol.

La vida de Don Alfonso
Es un triúfno continuado
Contra ambiciosos y alárabes
Y arteros enmascarados,
Los cuales cayeron todos
A sus plantas suplicando,
Y el monarca en todos hizo
Lo que bien venia al caso.

Llegó el año de ochocientos
Con otros sesenta y cuatro;
Levantose torvo y negro,
Donde quíer convulso y caro,
Y quisieron los de Arábia
Que los tuviesen por algo
Cuando Alfonso lo era todo,
Por llevarse fuerte chasco.

El Rey moro de Toledo,
Por dár gusto al Califado,
Se vino contra Castilla
Con grán tropel de caballos
Y brillante algarabía
De peatones forzados;
Pues los Califas de Córdoba
No pasaron de africanos
Jamás, con todo su oro,
Joyería, ruido y boáto.

Alfonso levantó gentes,
Halláronse en esos campos
Únos y ótros várias veces;
Brávamente pelearon,
Y catorce mil cadáveres,
Que dejaron humeando,
Contaron á los Califas
Lo que eran los castellanos.

Hád cuenta que sobre Córdoba,
Lector, se desgajó un rayo
Con nueva tál; pues el moro
Es orgulloso y osado;
Y entónces los cordobeses,
Movidos por su entusiasmo,
De tal manera vinieron
Con alharidos y estragos,
Que parecian aquéllos
Los tiémpos de Cayo Mário.

Alfonso entre tanto grito
Dispuso luchar callando,
Que es general el silencio
Antigüo y acreditado;
Y de aquella misma suerte
De Covadonga y Pelayo
Los montes y las montañas
Cayeron sobre los bárbaros
De tal suerte, que digeron

Los que vieron aquel campo:
«Con dos hazañas como ésta
Se concluyó el Califado»;
Pues solo quedaron vivos
Diez moros para contarlos.

Hecha pedazos la presa
Que se opuso tantos años,
Con renaciente desnudo
Montó el Monarca á caballo;
É inundando las comarcas,
Y rompiendo todo obstáculo,
Puso sus reales pendones
Mucho mas allá del Tajo.

II.

La demanda.

Porque el hombre, aunque lo intente,
En esta mudable vida
Sublime encontrar no sabe
Si no vá por mas arriba,
Y es frecuente que en los triúnfos
Al autor de ellos se olvida,
Entre el oropel del mundo
Ofuscándose la vista,
Para preciso remedio
La historia nació; que cuida
De dar al efecto causa
Sin la cual nada se explica.

Para encontrar en el hombre
Su admirable gerarquía
Preciso es quitar del cuerpo,
El forro que tanto eclipsa,
Pues si el cuerpo vá con ella
La corromperá en seguida.

El Caballero del Cárpio
Es el alma de la lidia
Que Don Alfonso sostuvo
Con la implacable morisma,
Con su rival formidable
Don Fruela el de Galicia,
Y Éndo Duque de Aquitania,
Y la ambicion desmedida,
Que es de todo tiempo y caso
El orin, polvo y polilla.

Bernardo toda esta historia
Brillante personifica,
Alegoría excelente
Entre las alegorías
Que el génio español fecundo
Créa ardiente, lábra y pinta.

Así cual el griego poeta
Llena los rios de ninfas,
Los bosques del altivos sátiros,
Los mares de comitivas,
De madreperlas vivientes,
Y el ántro de coralinas
Habitaciones de seres
De existencia y faz distintas,

Así el español católico,
Con mas noble poesia,
Escribe en héroes su historia,
Invencion toda divina,
Porque es su espíritu todo
La religion que le anima.

Es, pues, Bernardo del Cárpio
Devoto guerrero; agita
Los sucesos de su tiempo
Con secretas maravillas,
Como el calor de la atmósfera
Las simientes vivifica.
Jamás emprende batalla
Sin que váya en romería
A Santiágo; en venciendo
Fúnda en el campo una ermita
Donde ancianos ermitaños
Más y más se santifican,
Y son del héroe cristiano
La luz que alumbra la vida.

Y despues, porque la plebe
No entiende filosofías,
Y solo vé por los ojos
Y el tácto es toda su critica,
Entierran al buen Bernardo
En medio de una colina
Entre robles y entre enebros,
Hayas, jarales y encinas.

Yó he visto esa antigüa tumba,
Yó ví esas nobles cenizas,
Yó ví el sepulcro de piedra
Con una inscripcion latina
De letras góticas grandes
Y labores geroglíficas
En una gruta que adornan
Caireladas cresterias
Que el tiempo labró piadoso
Con bellas estalactitas;
Y ví á Bernardo del Cárpio
Alzarse en su tumba fría
Y contar del Rey Alfonso
Las proezas inauditas.
Y allí el olor de la historia
Nacional se percibia,
Que nunca encontrar yó pude
En nuestras galas postizas,
Que tan ignorantemente
Renuncian su gerarquía.

¡Dichoso el pueblo que guarda
Memorias tan peregrinas,
Pues si allí no está él del Cárpio
Vive allí la patria mía!

Tenia el buen caballero
Un padre á quién más placian
Que del rey las pretensiones
Las cosas sus enemigas;
Pues juzgaba el viejo que era
Aquella ocasion propicia
Para hallar la independencía

De Leon contra Castilla,
Mientras juzgaba su hijo
Que los hombres necesitan
La unidad de la creencia
No menos que la política,
Y el Rey hizo prisionero
Al buen viejo allá en Galicia.
Es cosa comun en hombres
Tener ideas distintas
Si no parten, como deben,
Del mismo punto de vista.

Llegadas, pues, al reposo
Campañas tan repetidas,
Que eternas hace la fama
Con su incesante bocina,
Al monarca pide audiencia
El buen caballero un día,
Y de esta noble manera
Se produce y solicita.

«Grán Rey Don Alonso el Magno;
Conoces bien cómo lidia
El que hoy humildosamente
A tus pies gime y suplica:
Sabes bien cual la victoria
Llevó donde tú querias,
Al rey defendiendo siempre
Y el derecho y la justicia.
Señor eres tú, mas cuenta
Que vasallos necesitas,
Y si piensa la cabeza
Sin el cuerpo no se lidia.

El brazo su parte tuvo
Por ser quien tajante hendia
Los tupidos escuadrones
Haciendo tan ricia riza,
Que rey fuiste, y rey triunfaste
Porque tal brazo tenias.

Tambien peleó el caballo
Que supo llevar encima
De su poderosa espalda
Los pendones de Castilla;
Y tienen tambien su parte
La lóriga y capellina,
Aunque esta te pareciere
Campaña muy extendida.
Y digote todo aquesto
Porque conozcas aina
Que algo es ser brazo y caballo
Y arnés de que bien te sirvas
Cuando tales tiempos corren
De tal encono y falsia.

Acuerda, el Rey Don Alfonso,
Que cuando no conocian
Los pueblos de tus estados
Tu estandarte y tu divisa,
Entre tus fieles personas
La primera fué la mia;
Mia la voz renaciente
Que infundió valor dó iba,

Y élla fué por todas partes
Delante de tu familia;
Y siempre ha sido primero
La voluntad que la liza
Y el amor á tu persona
Que nó mi persona misma.

Fieles ya se te hacen muchos,
Mas la obediencia pasiva
Cabeza muéstra tan sólo
Y sin corazon sumisa.
Sé rey de los corazones
Y serás rey de Castilla.

Jamás te digo palabra
En mi favor; la hidalguía
Mejor que premios procura
Cumplir el deber; mas mira
Que gime en hierros mi padre
En tal prision que horroriza;
Y si rey tener yó debo
Tengo padre todavía,
Y vé que al decirte aquesto
Aquestos ojos se hinchan
Que jamás ha humedecido
La muerte torva y vecina.

Al numero siguiente.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

LOS NÉRVIOS.

Todo fué criado en el principio del mundo menos los nervios. Estos han nacido en el siglo actual.

Hoy los nervios lo son todo. Yó soy médico; no conozco la enfermedad y se la endoso á los nervios. ¡Hágame usted el favor de desmentirme!

Mi mujer hace de mí lo que quiere: por los nervios.

Todo ataca á los nervios; aquellos nervios que en lo antiguo debian, á lo menos, estar latentes.

Hé estado buscándolos treinta años y no les he visto: la óptica no puede tanto.

¿Qué diablos son los nervios? Y me apliqué más y más á mis estudios; ni comí ni dormí, ni hice cosa de provecho, y sólo conseguí ponerme nervioso.

Por fin dí con un libro.... ¡bendito sea su autor que me sacó de dudas! Bien decia un amigo mío: «Una vez sola que un libro te saque de confusiones te pagó su coste, sea el que se fuere.» Tenia razon mi amigo; y por eso me costó mi libro muy buenos cuartos.

Con que leí, leí y mas leí, con una ansia, con un calor, ¿qué diré? con un *aqué!*, que aquello era un tormento. Y despues de engullirme el libro, si bien es la verdad que no aprendí nada, en cambio me hallé con este final al fin de seiscientas páginas. «El sistema nervioso es un misterio: vanos han sido los esfuerzos de la humanidad sobre este asunto.»

Bien decia mi amigo: en saliendo de dudas el libro está pagado. Mi libro vale tanto como muchísimos otros. Una estatua al autor, que como tantos, sabe poner tal remate á su edificio.

Este remate es él de los edificios de Herrera, que acaban

siempre en bola. Ahora veo de donde vienen los bolonios, y no de Bolonia.

Con que me atacaron tambien á mi los nervios, queriendo hacer conmigo un Waterlò; y yó casi respondí como la guardia imperial. Victor Hugo dirá cómo.

¿Llamar á los discípulos de mi libro? ¡Un diablo! primero á Jadraque.

Y por remedio tomé una de mis diversiones; cualquiera; hacer pompas con agua de jabon; sacarme mentiras de los dedos, como otro las pudiera sacar por la boca; decir el abecedario once veces; y los nervios se callaron. Créo que el remedio fué el *a, b, c, d*; y quién no le sabe no cura los nervios.

¡Ola!, dige, ¡ciudadanos! ¡con que estáis en la imaginacion, la cual en cuanto se apacigua os callais la boca, éh! ¡Ah, picarillos!

El cuerpo es el alhambre del telégrafo y la pila la imaginacion.

¡Mire usted que demónio! Por éso no habia nervios en el siglo pasado! porque no habia telégrafos.

El pedernal está frío, y tambien el acero; les golpéo y frote y échan chispas. Tambien las écha cualquiera cuando está nervioso.

Nada, nada; *A, B, C, D*, y asunto concluido. Si se necesitase mas química, agua fresca; pero no sólo para el cuerpo, para el alma.

Si la muelen ustedes, ¿qué ha de resultar? una chispa de sataná!

El licor, el café, los negocios y cualquiera ótra toma espi-rituosa es meter una luz en una atmósfera de hidrógeno.

La religion que prescribe la pureza del pensamiento es el mejor y mayor volumen de medicina.

La fuerza y virtud magnéticas que residen en todos los cuerpos más residirán en él nuestro.

El alma nuestra es racional; lá de las bestias es instintiva, el alma de la materia toda, ni racional ni instintiva, pero enérgica, es el imán, el magnetismo.

El magnetismo animal agitado por la pasion hace del hombre un horno de cal. Ya parecieron los nervios.

Un amigo mio los buscaba en el cuerpo humano con un anteojo. ¡Diablo de operacion! Este hombre buscaba las palabras en el hilo de un telégrafo: esperaba verlas al pasar.

Lo que no busca un hombre no lo busca un loco.

Con que los nervios deben curarse en el alma; hay que procurar la medicina del alma, que se sintetiza en estas palabras: tranquilidad, gracia.

¿En donde está la botica? Veámos.

Viene el ataque de nervios y se comienza, *a, b, c, d*, etc., etc. ¿No bástá? Tomád una moneda, cuanto más rica mejor, y dirigios á casa de un desgraciado.

Mirád aquella infeliz esposa casi exánime porque no tiene alimento: ved aquellas criaturas que la cercan y piden pan. Dejád allí la moneda, mirád al Cielo, pero con inocentes ojos, y los nervios se alivian.

¿No es bastante? Colocád sobre vuestras rodillas al niño mas pequeñito; besádle; dejadle que juegue con los anillos de la cadena de vuestro reloj; dadle un dulce. El niño resucita, revive, os mira, se rie por fin; aquella risa os pone bueno.

Esa risa es como la del pimpollo de la primavera; como la del sol por el Oriente, como la del arroyo del bosque.

¡Preguntád por los nervios!

Las batallas contra la pasion extralimitada, si consiguen la victoria del hombre, humillan á la materia.

Que la criada no se os vuelva respondona.

Uno de los bonitos métodos es curar los nervios con tila. Y

es generalmente el camino que llevamos en todas nuestras cosas.

Del sistema de vida, del estado del alma brotan los nervios casi siempre.

Un enemigo mio me tira á la cara una candente injúria, y se revuelve mi cuerpo, mi espíritu se agita, mi ser todo es una caldera de liquido en ebullicion. Voy á tomar una pistola..... pero miro al cielo con inocentes ojos y me doy á buscar, no el silencio solamente, sino la ocasion de hacer un gran bien á mi enemigo, sin que él lo sepa, y el liquido viene á completa calma.

No hay nada como escarmentar á los nervios que no pasan de chicuelos mal criados. ¿Se rie el mundo? Mas me rio yó, y salgo ganancioso.

Un piano desafinado no pasará jamás de algaravía. No háy piano sin corista.

A música delicada afinacion exquisita.

SECCION 4.^a

VARIEDADES.

VERSOS DESLOCADOS.

Lós del número anterior.

Detener de fortuna la rodaja
A pocos concedió poder divino;
Y si la cúmbre desvanece el tino,
Tambien, tal vez, la cúmbre se desgaja.

Componéd éstos de Quevedo.

Si fortuna destrozó ó lo poséo
Valdrá el tener deséo temo gozo
Actor lo que no en mí perder la elija
Cuando me poco de que ni no réo.

CHARADA.

Mi primera hasta el cielo humilde eleva
Mi admiracion, mi vista, mi deséo,
Porque sólo está allí, no en la algarazá
De este faláz y transitorio suelo.

Es la segunda á la tercera unida
O el bien ó el mal, infamia ó buen provecho,
Segun la emplee el ánsia de los hombres
O el honor y el deber; todo está en éso.

La segunda y la quinta el mundo inventa
Pensando ser feliz, y en vez de serlo
A peor condicion llegar consigne,
Que es camino el mejor el justo y recto.

La segunda y la cuarta hacen mas locos
Que caven en el mundo, y es lo cierto
Que sin éllas no háy nada en todo el órbe,
Que es cosa singular por su misterio.

La cuarta y la tercera no te rompan,
Lector, porque de veras te respeto,
Y se encolan muy mal una vez rotas,
Áun procurando los mejores médicos.

La quinta y la tercera son peores
Que el prusiano cañon; y juro cierto
Que me gustan muy mucho en todas partes
Por su encanto, costumbres y su mérito.

Y en junto la charada significa
Que no es la fuerza el rey del universo,
Que un clavo hacer caer una herradura,
Y al caballo despues, y al caballero.

LA ALONDRA, EL CARACOL Y LA MOSCA.

APÓLOGO.

Trás una mosca dorada
Volando una alondra bella
Fué á parar á la enramada
Mas verde de la floresta,
Y allí revoloteando
De hoja en hoja, vió en la yerba
Un caracol que llevaba
Su pesada casa acuestas.

— Buenos días, el rastrero.
— Muy buenos, la pizpereta.
— ¿Quiéreme cojerme esa mosca
Que me trae dando vueltas?
— No está en volar la ventura,

Hermana; más interesa
Andar bien, cual cada uno
Se dé maña y mejor deba.

Bien se yó que avanza poco,
Mas éso no me dá pena,
Qué, si me coje la noche
En cualquier parte desierta,
Posada conmigo llevo,
Y tengo la cama hecha,
Barníz para mi camino
Con que mi casa se tenga,
Y aprendí buen artificio
Para fabricar vidrieras;
Y ni el frío me acoquina,
Ni la lluvia me dá guerra,
Ni los vientos me incomodan,
Ni la nieve me despierta.

Vigilad, vós, entretanto,
Que si el árbol se menéa,
Peligráis, que él que está en alto
Por casualidad sosiega.

— ¡Vaya por el entendido
Y qué cosas que nos cuenta!
¿Si querrá darme paraguas,
Y gabán, gorro y chinelas?

El que vuela en alto, vive,
La atmósfera adorna y puebla,
Sus cánticos dá á la aurora
Sin temer á las tinieblas,
Y él que vuela nunca cae
Aunque el árbol cáiga en tierra.

¡Mirad que es morir mil veces
Morir bajo una carreta,
Ó la suela de un zapato,
Ó comido por las bestias,
Fiando toda la suerte
Al recurso de la inercia!

— Bueno es que chárten y chárten,
(Dijo la mosca discreta),
Sobre cosas que Dios hizo
De la mas sabia manera,
Que entretanto yó me sálvo
De mi enemiga sangrienta.

— De alondras y caracoles
Dicen que háy grande cosecha.

Solucion de la charada del número anterior.

Éntre—té—ní—miento.

PROBLEMA Á RESOLVER.

¿Cuál es la máquina de la epopeya del siglo decimonono?

LO QUE ES EL TIEMPO.

(Al salir de un baile.)

— ¡Qué placer!

— ¡Qué aburrimiento!

— Adios, Juan.

— Hasta mañana.

— (Señor! qué noche tan corta!)

— (Señor! qué noche tan larga!)

JURAMENTOS FALSOS.

Á la luz de la luna dos amantes
júranse eterno amor!

Tú, que todo y á todos nos perdonas,
perdónales, Señor!

R. TEJADA Y ALONSO.

Soluciones á preguntas del número 1.º de este periódico.

Los Misterios Eleusinos.

En todos tiempos les há habido: los nombres han variado, mas nó el suceso.

La sociedad secreta há existido siempre en una ú otra parte por honda desgracia del género humano.

Hoy llaman á ésto los incáutos espiritismo. El génio del mal hace creer á sus desventurados sirvientes, que no él, sino las álmás de los que han salido de este mundo hablan, mueven, conducen las plúmas de lós tan lástimosamente seducidos.

¡Error trascendental y bien funesto! ¡forzoso es trabajar por disiparle! Debe ahogarse el mal con la abundancia del bien.

Los anteojos.

Unos hombres les llevan por no ser tan conocidos: ótros porque entre cristales se colocan los objetos mas misteriosamente: ótros úsan esos anteojos, no para ver, sino para no ver tanto. Son estos menesteres adminículos apropiados para conservar las distancias y elevarse una potencia. La veladura favorece al cuadro. ¡Hay mucha filosofía en las mas menudas cosas!

¿Quién es el más feliz?

El que goza inocentemente con menos. La diversion del hombre puede definirle.

Preguntas á quién quiera responderlas.

¿En dónde tiene su origen el estilo árabe en todo lo tocante á los monumentos del arte?

¿Qué significan los palos tratándose de naipes?

¿Cuál es la boca que más traga?

¿Cómo tendríamos un calendáριο natural sin cálculos ni la ciencia que éstos necesitan?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Cármén, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deseen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos,—3-2.º—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.º

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.